



Un siglo de esquí en el Pirineo

Pasiones de nieve

Antoni Real

ediciones
Lectio



Libro realizado con licencia de Televisió de Catalunya, SA

© de esta edición, Lectio Ediciones
C/ de la Violeta, 6
43800 Valls
Tel.: 977 602 591 - Fax: 977 614 357
lectio@lectio.es
www.lectio.es

© del texto, Antoni Real

Fondo documental y archivo fotográfico: Centro Excursionista de Cataluña; Tavisà; Oriol Molas;
Fototeca, Diputación Provincial de Huesca; Ski Andorra

Primera edición: noviembre de 2011

Diseño y realización editorial: Àlex Rull - Imatge-9, SL

Impresión: Leitzaran Grafikak

Foto de portada: Estación de Vallnord (Ordino-Arcalís). Foto: Alex Gosteli.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra en cualquier medio o con cualquier procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-84-15088-20-2
Depósito legal: SS-1.204-2011



Foto: Archivo Fotográfico CEC.

Un Pirineo muy vivo

Entre estas dos fotografías hay cien años de diferencia. A la izquierda, en blanco y negro, los primeros entusiastas del esquí, auténticos pioneros avanzados a su tiempo, que a base de un gran esfuerzo y coraje se inician en este deporte a principios del siglo xx. Los once protagonistas de la imagen han caminado un largo trayecto para llegar finalmente a las laderas del valle de Núria donde, de nuevo, deberán remontar la montaña a pie para después deslizarse como buenamente puedan con aquellos largos “zapatos noruegos” atados en los pies.

En la imagen de la derecha, rebosante de color, otro grupo de no menos entusiastas esquiadores —algunos de ellos, deportistas olímpicos— que, gracias a los primeros,

disfrutan del esquí o del surf de nieve en pleno siglo xxi. Curiosamente las diferencias entre las dos imágenes son mínimas: los árboles, por ejemplo, que han tenido agua y tiempo suficiente para crecer, o el material y la vestimenta de los aficionados de hoy, que no pasan ni la mitad de frío que sus predecesores. El puente —Pont dels Tres Molins—, situado en la parte final del antiguo camino entre Queralbs y el santuario de Núria, está, como podéis comprobar, exactamente igual. Han transcurrido más de cien años y el puente de piedra sigue intacto, sin inmutarse del paso del tiempo, ajeno a todo y a todos.

¿Os imagináis una conversación entre esquiadores de ambas fotos? Seguro que los más antiguos preguntarían





Foto: Antoni Campañà.

sobre esta tabla que se ve en medio de la foto actual. Los modernos preguntarían si antes nevaba más que ahora y si también en su época había “cambio climático”... Y seguro que a la chica de la parte superior del puente le preguntarían que tal se esquiaba con faldas.

Nosotros, entre otras cosas, les explicaríamos que ahora hay dos tipos de cañones, los que aún van a la guerra y otros más pacíficos que nos permiten esquiar cuando no cae ni un solo copo del cielo. Seguro que nos preguntarían por la cuña, por las escuelas de esquí, por esos *carving* que giran solos y por qué alrededor del esquí se ha creado toda esta industria que a veces gana dinero, pero que también lo pierde. Les podríamos explicar que ahora para ir a esquiar no necesitamos viajar durante dos días. En pocas horas nos plantamos en el Pirineo, donde nos esperan los más modernos remontes mecánicos que nos llevan hasta las cimas de las montañas en minutos. A partir de allí, centenares y centenares de kilómetros de pistas “pisadas” —sí, sí, “pisadas”— que nos permiten practicar uno de los mejores deportes que

existen. Les diríamos que incluso hemos organizado las más importantes competiciones de esquí del mundo y que ahora podemos aspirar, con todas las garantías de éxito, a organizar unos Juegos Olímpicos de Invierno.

Podríamos darles las gracias y explicarles que el esfuerzo que hicieron ellos en su día ha valido la pena. Por varios motivos: el primero, y principal, porque el deporte del esquí lleva felicidad, salud y alegría a miles de personas durante los cinco meses de frío. Y segundo porque el Pirineo, gracias también a estos pioneros, hoy es una cadena montañosa viva y bien viva, donde apenas existe la despoblación.

Lo dicho. Han pasado más de cien años, pero el camino que lleva al esquí está exactamente igual. Y si a alguien que aún hoy no ha nacido se le ocurre en pleno siglo XXII hacer una foto en el mismo lugar... pues todo seguirá igual. El tiempo pasa muy rápido, es cierto, pero la sensibilidad y el espíritu de la mayoría de los esquiadores nunca cambiará...

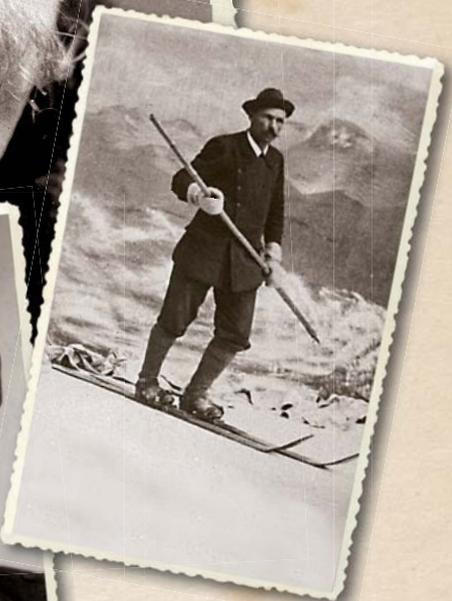
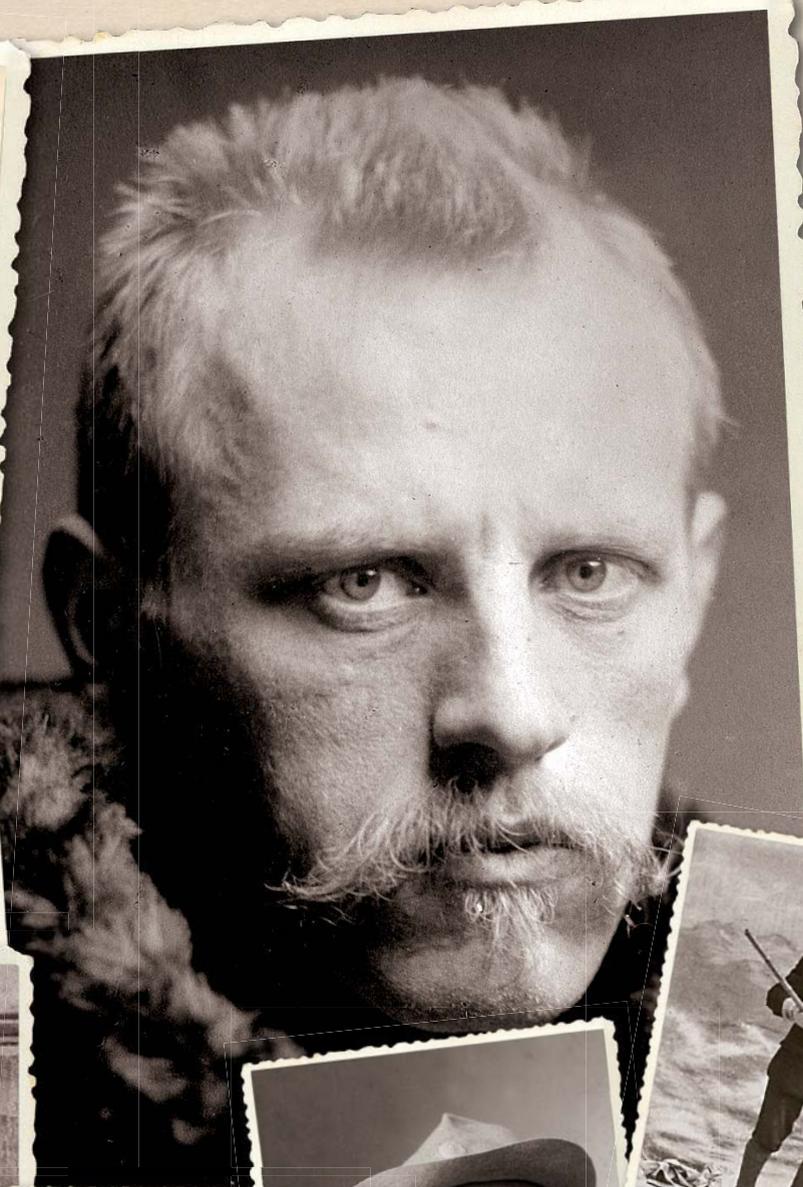
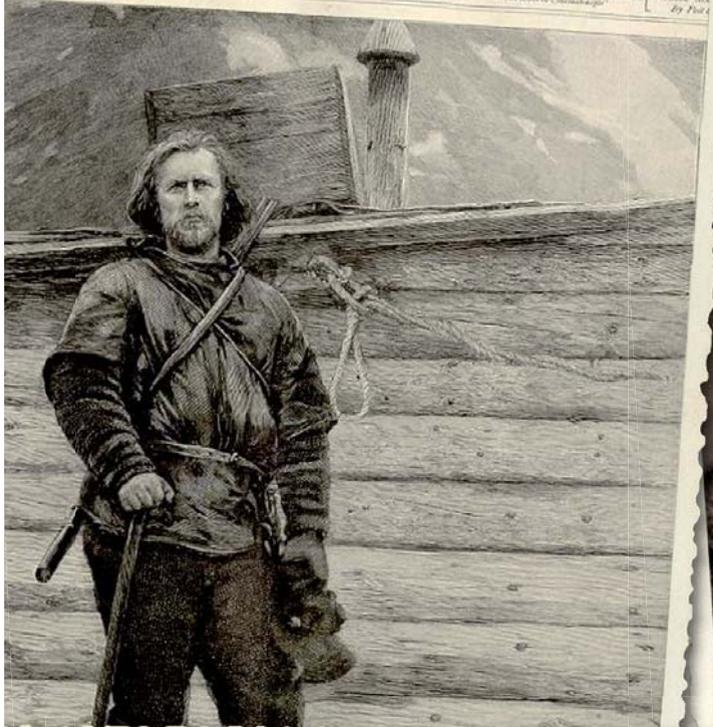
Antoni Real



THE GEOGRAPHIC

AN ILLUSTRATED WEEKLY NEWSPAPER

SATURDAY, SEPTEMBER 12, 1896 WITH EXTRA FOUR-PAGE SUPPLEMENT
"The Alps de Chamonix" By Paul C.



Capítulo I El principio



Historia del esquí

Capítulo I. El principio

Primer medio de transporte

¿Qué se inventó antes, el esquí o la rueda?

¿Cuál sería la respuesta más común a esta pregunta?

La rueda, seguramente. Pero estas pinturas rupestres, algunas de ellas realizadas cuatro mil años antes de Cristo, no dicen esto.

Desde hace más de un siglo, el esquí es un deporte, un placer, una manera de divertirse para miles y miles de personas de todo el mundo. Una industria, un negocio. Pero no siempre ha sido así.

El hombre del neolítico esquiaba, sobre todo el que vivía en las tierras norteañas. Y no lo hacía ni por deporte, ni por placer, ni por diversión. Esquiaba porque, si no, no salía de la cueva, y para cazar, para huir del enemigo, para emigrar. En definitiva, esquiaba para sobrevivir.

El esquí ha sido siempre el gran olvidado de la historia y de los historiadores. Seguramente tenían trabajos más importantes que estudiar el origen del que fue, para muchos hombres, el primer medio de transporte...



El hombre del neolítico se inspiró en los animales que tenía a su alrededor, y más concretamente en los renos, para descubrir el esquí. Gracias a pinturas rupestres como esta, encontrada en unas cuevas del norte de Rusia, sabemos que el esquí fue el primer medio de transporte.

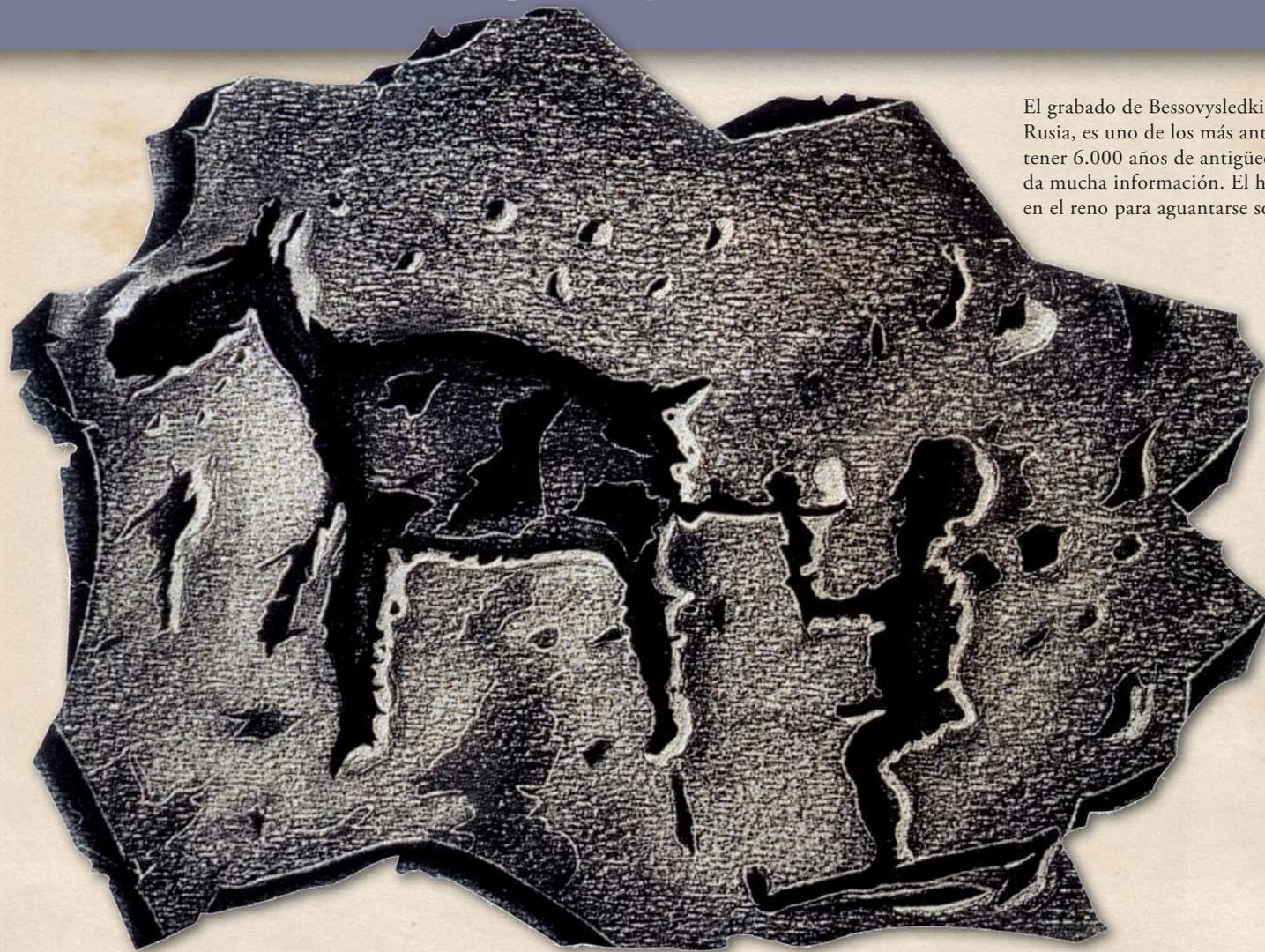


Historia del esquí

Capítulo I. El principio

Antes que la rueda

Siempre se ha dicho que el fuego y la rueda fueron los dos primeros grandes inventos de la humanidad que ayudaron a mejorar de manera notable la calidad de vida de los primitivos homínidos. El fuego les enseñó a calentarse; la rueda, a desplazarse. Entre uno y otro, pero, hubo un descubrimiento que ha pasado casi desapercibido a los ojos de los historiadores y de los antropólogos. La rueda no fue el primer medio de transporte que utilizó el hombre. Mucho antes, en algunas pequeñas poblaciones de los lugares más fríos de la Tierra, unos hombres se desplazaban por las montañas nevadas con unas enormes maderas atadas en los pies. Sin ellas, seguro que no habrían sobrevivido. Las llamaban *zapatos de nieve*. Ahora las denominaríamos con una sola palabra: *esquíes*.



El grabado de Bessovysledki, localizado en Rusia, es uno de los más antiguos. Podría tener 6.000 años de antigüedad. La imagen da mucha información. El hombre se inspira en el reno para aguantarse sobre la nieve.



Historia del esquí

Capítulo II. Cataluña centenaria



El CEC, el primer impulsor

El esquí llegó tarde a Cataluña. Lo hizo con cinco años de diferencia respecto a otras zonas de la península Ibérica. Si lo comparamos con otros países del centro de Europa —Francia, Suiza, Austria—, la diferencia todavía es más grande: diez, quince, veinte años. Respecto a Noruega, Suecia o Finlandia, entonces los años se pierden en la lejanía.

Los inicios no fueron fáciles, porque los pioneros no tuvieron maestros. Aprendieron a esquiar de una manera totalmente autodidacta, a base de batacazos y sin que nadie les enseñara los secretos fundamentales para deslizarse por la montaña con aquellos larguísimos “zapatos noruegos”. Además, casi lo tenían que hacer a escondidas, porque a principios del siglo XX practicar deportes de montaña estaba mal visto.

Aun así los primeros esquiadores catalanes lo consiguieron y superaron con nota todas las dificultades, como la del primer día de esquí en los Rasos de Peguera. Cronistas de la época aseguran que fue una jornada llena de caídas y decepciones...

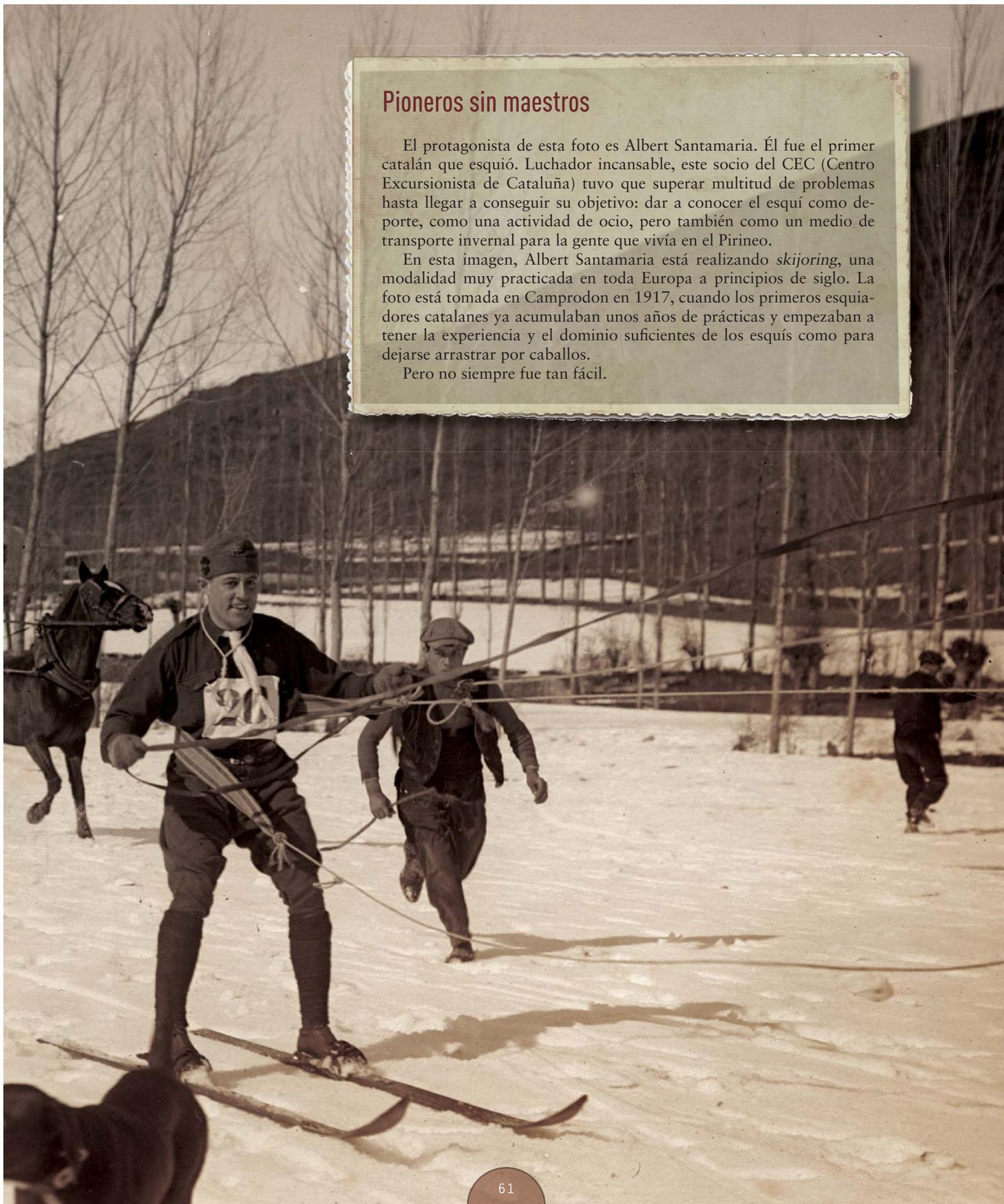


Pioneros sin maestros

El protagonista de esta foto es Albert Santamaria. Él fue el primer catalán que esquió. Luchador incansable, este socio del CEC (Centro Excursionista de Cataluña) tuvo que superar multitud de problemas hasta llegar a conseguir su objetivo: dar a conocer el esquí como deporte, como una actividad de ocio, pero también como un medio de transporte invernal para la gente que vivía en el Pirineo.

En esta imagen, Albert Santamaria está realizando *skijoring*, una modalidad muy practicada en toda Europa a principios de siglo. La foto está tomada en Camprodon en 1917, cuando los primeros esquiadores catalanes ya acumulaban unos años de prácticas y empezaban a tener la experiencia y el dominio suficientes de los esquís como para dejarse arrastrar por caballos.

Pero no siempre fue tan fácil.





Ribes de Freser. Santamaria practicando esquí de fondo. (Foto: Fargas. Archivo Fotográfico CEC).

El inicio más oficial

25 de diciembre de 1908. Navidad. Es la fecha oficial de los inicios del esquí en Cataluña, y lo es gracias a los textos que escribieron, en el *Butlletí del CEC*, los primeros debutantes de aquella aventura en los Rasos de Peguera.

No pueden demostrar lo mismo en la Sierra madrileña, desde donde aseguran que el primer esquiador español fue Manuel González de Amezúa, un cazador que iba a menudo a Suiza y que en uno de sus viajes compró un par de esquís. Solo los quería para ir a cazar —igual que el hombre del paleolítico—, pero después le gustó el invento y se aficionó a bajar las montañas del puerto de Navacerrada. Dicen que González de Amezúa fue el primer esquiador de España, en 1903, pero no hay ninguna certificación, ni escrita ni gráfica.

La falta de documentación gráfica o escrita, pero, no excluye nada. Nadie puede descartar que antes de 1908 se hubiera esquiado en Cataluña, entre otras cosas porque practicar deportes de montaña, a principios de siglo, no estaba bien visto. Por lo tanto, es muy posible que mucha gente no explicara nada de lo que realmente hacía en la montaña en pleno invierno.

Carles Funollet, profesor de INEF y uno de los primeros que investigó los inicios del esquí en nuestro país, asegura que, en los primeros años de su fundación, el CEC, obsesionado con temas estrictamente científicos, se oponía radicalmente a la práctica deportiva en general y de manera muy especial al alpinismo. El mismo Funollet nos dice que esta oposición se transformó, a partir de 1908, “en un sólido equilibrio entre cultura, deporte y unos valores patrióticos que tenían como

objetivo formar hombres fuertes y cultos. Cultos para mejorar y entender las relaciones entre los hombres, y fuertes para defender, si hacía falta, la Patria”.

Primera prueba en el Puigmal

Pero hasta esa primera esquiada oficial de 1908 pasaron muchas cosas. La primera página de esta historia se escribió en junio de 1907, cuando el CEC envió a una expedición a los Pirineos para prender, en plena fiesta de San Juan, “el fuego patriótico que tiene que encender hoy en día el espíritu de todo catalán que estime su tierra y quiera su liberación y enaltecimiento”.

Escogieron la cumbre del Puigmal para saludar con el fuego de San Juan a “los catalanes de todas las comarcas desde la cumbre elevada de los Pirineos”.

El mal tiempo, pero, les jugó una mala pasada, y ni hicieron cumbre ni encendieron el fuego.

Pasaron toda la “verbena” de San Juan en las tiendas soportando el mal tiempo y hablando de montañismo y de los nuevos utensilios de nieve que usaban en Europa: raquetas, esquís, *luges*...

Al día siguiente, Albert Santamaria, alentado por las conversaciones de la noche anterior, improvisó dos esquís con un par de ramas y, junto con Josep Amat, hizo las primeras demostraciones en los pequeños neveros que quedaban por San Juan en el Puigmal.

Cosas de la vida, caprichos de la historia: la primera, y aunque muy primitiva, esquiada en Cataluña fue ¡en pleno junio!





El primer esquiador catalán en acción en las montañas que rodean Ribes de Freser. (Foto: Fargas. Archivo Fotográfico CEC).

Revolución en el CEC

Aquella excursión frustrada a la cima del Puigmal fue clave en la historia del esquí catalán. Más que por la demostración de Albert Santamaria y de Josep Amat, por una idea surgida aquella misma noche: el grupo de jóvenes propuso a la junta directiva del CEC la creación de una sección específica de montaña para defender los intereses de los aficionados al alpinismo. Una sección más que funcionara con total autonomía, como las de arquitectura, arqueología, literatura, arte, etc. La idea, que en principio parecía lo más normal del mundo en un centro llamado excursionista, no gustó nada a la inmensa mayoría de los socios. Una auténtica bomba para una junta directiva caduca que solo pensaba en el estudio y en la investigación y que no quería saber nada de ninguna actividad deportiva y todavía menos de montañismo.

Después de casi un año de discusiones, aquel grupo de alpinistas aventureros se salió con la suya y en verano de 1908 la junta directiva del CEC aprobó la formación de la Sección de Deportes de Montaña.

Pero, ¿por qué tanta discusión para formar una sección de deportes de montaña dentro de un club llamado Centro Excursionista de Cataluña? La respuesta solo la encontraremos si llegamos hasta la esencia misma de la fundación del Centro.

El primer nombre de la entidad no era el que ahora conocemos. En 1876, Marçal Ambrós, Romà Arnet y Eduard Canibell fundaron la llamada Asociación Catalanista de Excursiones Científicas. La razón social de su creación no era otra que estudiar y conocer Cataluña a partir de la investigación científica, así como realizar un inventario del patrimonio

artístico y cultural del país. Como el patrimonio estaba repartido por toda la geografía, la entidad escogió el excursionismo como el mejor medio para conseguir este estudio. Esto pasaba en pleno modernismo catalán, coincidiendo con un mal momento de la política española, que acababa de perder las últimas colonias americanas. Con España en plena crisis, Cataluña sentía la necesidad de acercarse culturalmente a Europa. Como las universidades y todo el resto de centros docentes estaban literalmente dominados por el Estado, los catalanes empezaron a crear entidades privadas que tenían como principal objetivo potenciar la cultura del país.

Dos años más tarde de su creación, la entidad entró en crisis y algunos de sus socios se separaron y formaron la Asociación Excursionista de Cataluña.

Fue a partir de 1890 cuando estas dos asociaciones se volvieron a fusionar y crearon el actual CEC.

El nuevo CEC inició una etapa de expansión y a principios de siglo se produjo un hecho que ni los más optimistas habían previsto: en poco menos de cinco años, la entidad duplicó su número de socios. Entró gente nueva, gente joven, nuevos socios que se afiliaban a la entidad atraídos, entre otras cosas, por la palabra *excursionismo*. La mayoría eran barceloneses, hijos de la burguesía, con un cierto poder adquisitivo y, sobre todo, con ganas de descubrir las zonas más altas del país. El alpinismo iba ganando terreno... como también ganaba al espíritu de una buena parte de los nuevos socios, que entendían que el carácter científico de la entidad no era incompatible con la práctica del deporte. Una auténtica revolución se estaba produciendo en las entrañas del CEC, e incluso en la sociedad catalana. Practicar deporte, y más concretamente alpinismo, no solo dejaría de estar mal visto, sino que se pondría de moda.

